

LA BALADA DE
TOM
EL NEGRO

VICTOR LAVALLE

Traducción de Pilar Ramírez Tello

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Ballad of Black Tom*

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Adaptación de la cubierta al castellano: José Luis Collada.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 by Victor LaValle

Cover art by Robert Hunt

Edited by Ellen Datlow

All rights reserved

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-164-0

Depósito legal: M. 8.654-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para H. P. Lovecraft,
con todos mis sentimientos encontrados*

PARTE 1

TOMMY TESTER

Los que se mudan a Nueva York siempre cometen el mismo error: no son capaces de verla. Es lo que sucede con Manhattan, aunque también con los barrios de la periferia, ya sean Flushing Meadows en Queens o Red Hook en Brooklyn. Llegan buscando magia, del tipo que sea, y no hay nada que los convenza de que no existe. No obstante, no es algo necesariamente malo. Algunos neoyorquinos habían aprendido a ganarse la vida gracias a este error de juicio. Charles Thomas Tester era uno de ellos.

La mañana que nos incumbe dio comienzo con la salida de Charles de su piso en Harlem. Lo habían contratado para realizar una entrega en una casa de Queens. Charles compartía vivienda con su padre enfermo, Otis, un hombre que llevaba en proceso de abandonar este mundo desde el fallecimiento de su esposa tras veintiún años de matrimonio. Habían tenido un único hijo, Charles Thomas, y aunque ya tenía veinte años, la edad

indicada para independizarse, representaba el papel de hijo responsable. Charles trabajaba para cuidar de su padre moribundo. Trapicheaba para proporcionarle comida, techo y un dinerito extra para apostar de vez en cuando a un número. Sabe Dios que no ganaba para mucho más.

Salió de casa algo después de las ocho de la mañana, vestido con su traje de franela gris; los pantalones estaban impolutos pero gastados, y las mangas eran visiblemente cortas. Buena tela, aunque deshilachada. El conjunto otorgaba a Charles un aspecto concreto: el de un caballero sin la cuenta corriente de un caballero. Escogió los zapatos de cuero calado marrones con las puntas rozadas y el gorro con orejeras marrón chocolate, en vez del sombrero de fieltro. La visera del gorro evidenciaba tanto su edad como su uso, cosa que también era buena para sus trapicheos. Por último, se llevó la funda de la guitarra, esencial para completar el disfraz. La guitarra la dejó en casa con su padre postrado en cama. Lo que transportaba dentro de la funda era un libro amarillo, no mucho mayor que una baraja.

Cuando Charles Thomas Tester salió del piso sito en la calle 144 Oeste, oyó a su padre rasguear las cuerdas en el dormitorio de atrás. El anciano podía pasarse la mitad del día tocando el instrumento mientras cantaba al ritmo de la radio que tenía al lado de la cama. Charles esperaba llegar a casa antes del mediodía con la funda de la guitarra vacía y la cartera llena.

—*Who's that writing?*—cantó su padre con voz ronca pero, precisamente por ello, encantadora—. *I said who's that writing?*

Antes de marcharse, Charles le respondió con la última línea del estribillo:

—*John the Revelator.*

Se avergonzaba de su voz, nada melodiosa, al menos si se comparaba con la de su padre.

En el piso, a Charles Thomas Tester lo llamaban Charles, pero en la calle todos lo conocían como Tommy. Tommy Tester, siempre con su funda de guitarra. No era porque aspirara a ser músico; de hecho, apenas era capaz de recordar un puñado de canciones, y su voz bien podría describirse, siendo amable, como temblorosa. Su padre, que se había ganado la vida como paleta, y su madre, que se dedicaba al servicio doméstico, adoraban la música. Él tocaba la guitarra y ella tenía un don para el piano. Aunque lo más natural habría sido que Tommy Tester acabara dedicándose al espectáculo, la pega era que le faltaba talento. Se consideraba un actor. Otros dirían que era un timador, un estafador, un defraudador, por mucho que él no lo viera de ese modo. Ningún embaucador que se precie se vería así.

Lo cierto es que, con la ropa que había elegido, tenía todo el aspecto de un deslumbrante músico vagabundo. Era de esos hombres que llamaban la atención, y eso le gustaba. Se dirigió a la estación de ferrocarril como si fuera de camino a tocar en una fiesta privada con Willie «The Lion» Smith. Y, efectivamente, Tommy una vez tocó con la banda de Willie, salvo que, tras una única canción, Willie lo había echado. Aun así, él llevaba aquella funda de guitarra como si fuera un orgulloso hombre de negocios que cargara con su maletín al trabajo. Las calles de Harlem se habían sumido en el caos en 1924, cuando los negros

empezaron a llegar de las Indias Occidentales y meridionales. Una parte de la ciudad ya abarrotada de por sí se encontró con que tenía que alojar a más gente aún. A Tommy Tester le parecía muy bien. Pasear por Harlem a primera hora de la mañana era como convertirse en una gota de sangre dentro de un cuerpo enorme que se despepezaba. Ladrillos y argamasa, las vías elevadas del tren y kilómetros de tuberías subterráneas; la ciudad estaba viva. Día y noche, medraba.

Tommy ocupaba más espacio que la mayoría por culpa de su funda. En la entrada de la calle 143 tuvo que levantarla por encima de la cabeza para subir las escaleras que daban a las vías elevadas. El librito amarillo del interior daba tumbos, aunque no pesaba demasiado. Fue en tren hasta la calle 57 y allí hizo transbordo para coger la línea Corona de la BMT hasta la avenida Roosevelt. Era la segunda vez que se desplazaba a Queens; la primera había sido cuando aceptó el trabajo especial que estaba a punto de cerrar.

Cuanto más se adentraba Tommy Tester en Queens, más destacaba. En Flushing vivían muchos menos negros que en Harlem. Tommy se caló un poco más el gorro. El conductor entró dos veces en su vagón y ambas se detuvo para hablar con él. Una vez le preguntó si era músico y acompañó la pregunta con un golpecito en la funda de la guitarra, como si fuera suya, y en la segunda ocasión le preguntó si se había saltado su parada. Los demás pasajeros fingieron desinterés, aunque Tommy los veía pendientes de sus respuestas, que él procuró no complicar: «Sí, señor, toco la guitarra» y «No, señor, todavía me quedan un par de paradas». Hacerse invisible, camuflarse, obedecer: eran

trucos útiles para un hombre de piel negra en un barrio blanco. Técnicas de supervivencia. En la última parada, Main Street, Tommy Tester salió con todos los demás —en su mayoría inmigrantes irlandeses y alemanes— y bajó al nivel de la calle. Desde allí le quedaba un largo paseo.

Durante todo el camino, se maravilló de la amplitud de las calles y de las casitas adosadas. Aunque el barrio había crecido y se había modernizado mucho desde sus primeros tiempos, en los que no había más que granjas holandesas y británicas, para un chaval como Tommy, criado en Harlem, todo aquello era rústico, un desconcertante campo al aire libre. Los brazos abiertos del mundo natural le preocupaban tanto como los blancos, puesto que ambas cosas eran un misterio para él. Cuando se cruzaba con algún blanco por la calle mantenía la vista clavada en el suelo y los hombros caídos. Los hombres de Harlem eran famosos por sus andares, por sus zancadas de león, pero allí los ocultó. Así no lo detenían, por mucho que no dejaran de observarlo. Su disfraz y el arrastrar de pies funcionaban. Por fin, tras muchas manzanas de casas adosadas recién construidas, Tommy Tester llegó a su destino.

Se trataba de una vivienda privada, pequeña y casi perdida en una arboleda, ya que el resto de la manzana la ocupaba una funeraria. Aquel lugar crecía como un tumor en la casa de los muertos. Tommy Tester se metió en el camino de entrada y ni siquiera tuvo que llamar: antes de subir los escalones, la puerta principal se entreabrió. Una mujer alta y delgada ocupaba el umbral, medio oculta entre las sombras. Ma Att. Ese era el nombre que le había dado, el único al que ella respondía. Lo había contratado de aquel mismo modo: en el umbral, a través de una puerta entrea-

bierta. Hasta Harlem había llegado el rumor de que la mujer necesitaba ayuda, y él era el tipo de hombre que le podía proporcionar lo que buscaba. Citado en su puerta para recibir un encargo sin que lo invitaran a entrar. Lo mismo sucedería en aquel momento. Él lo entendía o, al menos, intuía la razón: ¿qué iban a pensar los vecinos si la mujer dejaba que los negros entraran tranquilamente en su casa?

Soltó el pestillo de la funda de su guitarra y la mantuvo abierta. Ma Att se inclinó hacia delante de modo que su cabeza se asomó a la luz del día. Dentro de la funda la esperaba el libro, más o menos del tamaño de la mano de Tommy. La cubierta y la contracubierta eran del mismo tono amarillento. En ambos lados habían grabado tres palabras: «Zig Zag Zig». Tommy no sabía lo que significaban ni tampoco quería averiguarlo. No había leído el libro, ni siquiera lo había tocado con las manos desprotegidas. Lo habían contratado para transportar el librito amarillo, y eso es lo que había hecho. Era el hombre adecuado para ese trabajo, en parte, porque era consciente de que no debía hacer nada más. Para dedicarse con éxito a los trapicheos era necesario perder la curiosidad y limitarse al cobro.

Ma Att miró el libro, todavía en la funda, y después lo miró a él. Parecía algo decepcionada.

—¿No has sentido la tentación de ojear el interior? —preguntó.

—Cobraría más por ese encargo.

A ella no le hizo gracia, se limitó a resoplar. Después metió la mano en la funda de la guitarra y sacó el libro. Se movió tan deprisa que el volumen apenas tuvo la oportunidad de recibir un rayo de sol, pero, aun así, al entrar en

la oscuridad de la casa de Ma Att, un tenue rastro de humo apareció en el aire: hasta el más leve contacto con la luz del sol le había prendido fuego. La mujer le dio una palmadita a la cubierta para apagar la chispa.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En Harlem hay un sitio llamado la Sociedad Victoria —respondió Tommy en un susurro—. Hasta los gánsteres más duros del barrio temen entrar. Ahí es donde la gente como yo adquiere los libros como el suyo. Y peores.

Tras esas palabras guardó silencio. Dejó flotar el misterio en el aire como si fuera el aroma del libro achicharrado. Ma Att llegó a inclinarse como si le hubiera enganchado el labio con un anzuelo. Sin embargo, Tommy no contó nada más.

—La Sociedad Victoria —susurró ella—. ¿Cuánto cobrarías por meterme?

Tommy examinó el rostro de la anciana. ¿Cuánto estaría dispuesta a pagar? Aunque le dio vueltas a la suma, negó con la cabeza.

—Me sentiría muy mal si le hicieran daño por mi culpa. Lo siento.

Ma Att observó a Tommy Tester para calcular hasta qué punto era mala aquella Sociedad Victoria. Al fin y al cabo, una persona que traficaba con textos como el amarillo que tenía en la mano no podía ser alguien débil.

Después, la mujer alargó un dedo y le dio unos toquecitos al buzón que estaba fijado a la pared de fuera. Tommy lo abrió y encontró su paga: doscientos dólares. Contó el dinero allí mismo, delante de ella. Con aquello tendría para seis meses de alquiler, gastos de la casa y comida incluidos.

—Será mejor que no sigas en este barrio cuando se ponga el sol —le dijo Ma Att, sin sonar demasiado preocupada por él.

—Estaré de regreso en Harlem antes de comer. No le recomiendo que lo visite, ni de día ni de noche.

Se llevó la mano a la gorra para despedirse, cerró de golpe la funda de la guitarra y se alejó de la puerta de Ma Att.

En el camino de vuelta al tren, Tommy Tester decidió buscar a su amigo Buckeye, que trabajaba para Madame St. Clair, la reina de la lotería ilegal de Harlem. Se le ocurrió probar suerte esa noche con el número de la casa de Ma Att. Si le tocaba, ganaría lo suficiente para comprarse una funda de guitarra mejor. Quizá incluso su propia guitarra.

—Tienes buenas cuerdas.

A Tommy Tester ni siquiera le hacía falta levantar la mirada para saber que había encontrado una nueva presa. No había más que fijarse en la calidad de los zapatos del hombre y en el extremo de su elegante bastón. Estaba punteando con la guitarra, todavía tomándole el pulso al nuevo instrumento, y tarareaba en vez de cantar porque así sonaba más como un músico con talento que cuando abría del todo la boca.

El viaje a Queens del mes anterior le había inspirado para ampliar sus horizontes. Las calles de Harlem se abarrotaban de cantantes, guitarristas y hombres con instrumentos de viento, y todos y cada uno de ellos lo dejaban a la altura del betún. Mientras que Tommy contaba con tres canciones en su catálogo, cada uno de aquellos tipos tenía treinta, trescientas. No obstante, cuando volvía de casa de Ma Att se dio cuenta de que no se había cruzado con nin-

gún músico por el camino. Lo de los cantantes callejeros debía de ser más común en Harlem y en Five Points, o en las zonas más modernas de Brooklyn, pero una gran parte de la ciudad seguía siendo, en esencia, campo con ínfulas urbanas. Ninguno de los otros músicos de Harlem se subiría en un tren para ir a Queens o al Brooklyn rural con la esperanza de sacarles dinero a los inmigrantes que vivían en aquellas zonas de la ciudad, que tenían fama de austeros. Sin embargo, un hombre como Tommy Tester, que solo fingía tocar, lo haría sin lugar a dudas. Era muy probable que aquellos paletos irlandeses y checos no tuvieran ni puñetera idea de cómo sonaba el jazz de verdad, así que la versión de pega de Tommy destacaría de todos modos.

Al regresar de la casa de Ma Att había hablado del tema con su padre. Otis Tester, de nuevo, se ofreció a buscarle trabajo como albañil, que se uniera al oficio. Era un gesto amable, el intento de un padre amoroso, pero no funcionaba con su hijo. Aunque Tommy jamás lo diría en voz alta (le haría demasiado daño al anciano), a su padre trabajar en la construcción solo le había reportado unas manos nudosas y una espalda encorvada; nada más. Otis ganaba el salario de un moreno, no de un blanco, como solía ocurrir en 1924, e incluso esa miseria podía retenérsela el capataz si deseaba tener algo más de efectivo en la cartera. ¿Y qué iba a hacer un negro? ¿Quejarse a quién? Había un sindicato, pero a los negros no se les permitía unirse. Menos dinero y una paga errática era la descripción de su trabajo. Igual que mezclar la argamasa cuando los peones no se presentaban. Las empresas que contrataban a Otis Tester, que siempre habían afirmado que era uno de ellos, lo habían sustituido el mismo día que su cuerpo por fin se

rompió. Tanto Otis, que era un hombre orgulloso, como su madre habían intentado inculcar aquel sentido del deber en su único hijo. Sin embargo, la lección que había aprendido Tommy Tester era que más le valía contar con su propia forma de hacer dinero, porque el mundo no iba a ayudar a un moreno a enriquecerse. Mientras Tommy pagara el alquiler y llevara la comida a casa, ¿cómo iba a quejarse su padre? Cuando jugó el número de la casa de Ma Att, acertó, como soñaba que ocurriría, y se compró una buena guitarra con su funda. A partir de ese momento, Tommy y Otis pasaron muchas tardes tocando acordes hasta entrada la noche. Tommy había logrado afinar algo más, incluso.

No obstante, al final había decidido no regresar a Flushing, en Queens. Su premonición de chanchullero le decía que no era buena idea volver a cruzarse con Ma Att. Al fin y al cabo, al libro que le había dado le faltaba una hoja, ¿no? La última. Tommy Tester lo había hecho aposta, para que el tomo resultara inútil, inofensivo. Lo había hecho porque sabía muy bien qué era lo que le habían encargado buscar: el Alfabeto Supremo. No necesitaba leerlo para ser consciente de su poder. Dudaba mucho que la anciana quisiera el librito amarillo para una lectura ociosa. Tommy no había tocado el libro con las manos desprotegidas ni había leído una sola palabra del interior, pero había otros modos más seguros de conseguir arrancar la última hoja de pergamino. De hecho, aquella hoja se había quedado en su piso, doblada varias veces hasta formar un cuadradito y escondida en la caja de la vieja guitarra que siempre dejaba con su padre. Le habían advertido que no leyera las páginas, y él siguió la norma: el encargado de arrancar la últi-

ma hoja había sido su padre, que no sabía leer. Su analfabetismo era su salvaguarda. Así se trapicheaba con lo arcano: se esquivaban las reglas, aunque sin romperlas.

Aquel día, Tommy Tester había llegado hasta la iglesia reformada de Flatbush, en Brooklyn; estaba tan lejos de casa como Flushing, con el aliciente de que carecía de hechiceras enojadas. Vestía el mismo traje que en su visita a Ma Att y había colocado el gorro con orejeras bocarriba, a sus pies. Estaba instalado frente a la valla de hierro del cementerio, lo cual resultaba algo teatral, aunque quizá las personas correctas se sintieran atraídas por la imagen: el músico de jazz negro con su desgastada dignidad cantando suavemente en el camposanto.

Tommy Tester conocía dos canciones de jazz y algo de blues. Tocó la melodía de blues durante dos horas porque sonaba más sombría. Ya no se molestaba en cantar la letra, solo los acordes acompañados de su tarareo. Entonces apareció el anciano de zapatos caros y bastón. Se pasó un rato escuchándolo en silencio antes de hablar.

—Tienes buenas cuerdas —comentó al fin el desconocido.

Fue esa expresión, lo de las «buenas cuerdas», lo que confirmó que la actuación de Tommy había dado su fruto; el anciano quería que supiera que hablaban el mismo idioma. Tocó unos acordes más y acabó con una floritura. Al final, sonrojado y sonriente, levantó la mirada hacia el otro hombre. Era redondo y bajo, y llevaba el pelo alborotado, como el suave vilano blanco de un diente de león. Su barba estaba erizada y gris. No parecía una persona adinerada, pero solo la gente pudiente podía permitirse tal disfraz: había que ser rico para arriesgarse a parecer pobre.

No obstante, los zapatos confirmaban su riqueza; y el bastón, que tenía un puño con forma de cabeza de animal y todo el aspecto de ser de oro puro.

—Me llamo Robert Suydam —se presentó. Después esperó, como si la mera mención de su nombre se mereciera una reverencia—. Voy a celebrar una fiesta en mi casa. Tocará para mis invitados. Esas tonadas tan oscuras resultarán muy adecuadas.

—¿Quiere que cante? ¿Quiere pagarme para que cante?

—Ven a mi casa dentro de tres noches.

Robert Suydam señaló la calle Martense. El anciano vivía allí, en una mansión oculta dentro de un desorden de árboles. Le prometió a Tommy quinientos dólares por el trabajo. Otis Tester jamás había ganado más de novecientos dólares al año. Suydam sacó una billetera y entregó a Tommy cien dólares. En billetes de diez.

—Un anticipo —explicó.

Tommy dejó la guitarra dentro de su funda, aceptó los billetes y les dio la vuelta: eran de 1923; Andrew Jackson aparecía en el anverso. La imagen del Viejo Nogal no miraba directamente a Tommy, sino hacia un lado, como si acabara de ver algo justo detrás de su hombro derecho.

—Cuando llegues a la casa, debes decir una palabra y solo una para que se te permita la entrada.

Tommy dejó de contar el dinero, lo dobló dos veces y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—No puedo prometerte lo que sucederá si se te olvida —añadió Suydam antes de guardar silencio un instante para observar a Tommy—. Ashmodai. Esa es la palabra. Dila, que te oiga.

—Ashmodai —repitió Tommy.

Robert Suydam dio dos golpecitos en la acera con el bastón y se alejó. El músico lo vio recorrer tres manzanas antes de agacharse para recoger su sombrero y ponérselo. Después cerró la funda de la guitarra. Sin embargo, antes de dar un solo paso hacia la estación de ferrocarril, alguien lo agarró con fuerza por la nuca.

Aparecieron dos hombres blancos. Uno era alto y delgado; el otro, alto y ancho. Juntos se asemejaban a un número diez. El ancho le sujetaba la nuca a Tommy, que estaba convencido de que se trataba de un poli o de que lo había sido en algún momento de su vida. En Harlem llamaban a aquella forma de agarrar cogotes «el apretón de John». El delgado se quedó dos pasos atrás.

Con la sorpresa, Tommy olvidó la pose de sumisión que solía adoptar cuando lo detenían los polis. Se comportó como él mismo, como el hijo de su padre, un chaval de Harlem, un hombre orgulloso que no se tomaba bien que le jodieran.

—Se está pasando un poco —le dijo al ancho.

—Y tú estás muy lejos de casa —repuso él.

—No sabe dónde vivo —le soltó Tommy.

El ancho metió la mano en el abrigo de Tommy y sacó los billetes de diez dólares.

—Te hemos visto aceptar esto al anciano —empezó—. Ese hombre forma parte de una investigación en curso, así que esto son pruebas.

Se metió el dinero en los pantalones y miró a Tommy para evaluar su reacción.

—Asuntos policiales —comentó el músico tranquilamente, y dejó de pensar en que el dinero había sido suyo alguna vez.

—Él es policía —aclaró el ancho, y señaló al otro—. Yo soy detective privado.

Tommy miró del detective al poli. Alto y delgado, chupado de cara, tenía ojos fríos y calculadores.

—Malone —se presentó por fin—. Y este es...

El ancho lo interrumpió.

—No necesita saber mi nombre. Tampoco necesitaba saber el tuyo.

Malone parecía exasperado. Aquella rutina de tipo duro no era su estilo, se notaba. Tommy Tester había calado de prisa a ambos; el detective tenía los modales de un bruto, mientras que el otro, Malone, le resultaba demasiado sensible para el trabajo policial. Reflexionó que quizá el hombre hubiera permanecido dos pasos atrás para mantenerse alejado del detective cretino, no de Tommy.

—¿Qué relación tiene con el señor Suydam? —le preguntó el detective privado mientras le quitaba el sombrero y miraba dentro, por si había más dinero.

—Le ha gustado mi música —respondió él. Después, ya lo bastante calmado como para recordar la situación, añadió otra palabra a toda prisa—. Señor.

—He oído tu voz. A nadie puede gustarle eso.

A Tommy Tester le habría gustado discutirlo, pero incluso un bruto corrupto y violento podía dar en el clavo de vez en cuando. Robert Suydam no iba a pagarle quinientos dólares por su voz. Entonces, ¿por qué?

—Ahora el inspector Malone y yo vamos a seguir paseando con el señor Suydam para mantenerlo a salvo. Y tú te irás de vuelta a casa, ¿verdad? ¿Dónde está tu casa?

—En Harlem. Señor.

—Cómo no —comentó Malone en voz baja.